

Agatha Christie®

CINCO CERDITOS

*Cinco sospechosos, cinco
coartadas perfectas.
Un misterio para
HÉRCULES POIROT*



AGATHA CHRISTIE

Cinco cerditos

Traducción de Guillermo López Hipkiss



Five Little Pigs Copyright © 1942 Agatha Christie Limited. Todos los derechos reservados

AGATHA CHRISTIE®, POIROT® y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en todo el mundo. Todos los derechos reservados

Iconos Agatha Christie Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Usados con permiso.

Ilustraciones de la cubierta: © Ed

Agatha Christie®

Traducción de Guillermo López-Hipkiss

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C

Primera edición: enero de 2018

ISBN: 978-84-670-5153-7

Depósito legal: B. 28.268-2017

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

1

EL ABOGADO DEFENSOR

—¿Si recuerdo el caso Crale? —inquirió sir Montague Depleach—. Claro que sí. Lo recuerdo muy bien. Una mujer atractiva en grado sumo, pero desequilibrada, claro está. Sin dominio sobre sí misma. Una lástima. —Miró de soslayo a Poirot—. ¿Por qué me pregunta usted eso?

—Me interesa el caso.

—No hace usted alarde de mucho tacto, amigo mío —replicó Depleach, enseñando de pronto los dientes con su famosa «sonrisa de lobo», que ejercía un efecto aterrador sobre los testigos a los que interrogaba—. Como sabe, no fue uno de mis éxitos. No conseguí que la absolvieran.

—Eso ya lo sé.

Sir Montague se encogió de hombros.

—Es evidente que entonces no tenía tanta experiencia como tengo ahora —añadió—. Sin embargo, hice todo lo que humanamente podía hacerse. Uno no puede hacer mucho sin cooperación... Aunque al menos logramos que se le conmutara la pena de muerte por la cadena perpetua. Hubo una gran movilización, ¿sabe? Una serie de madres y esposas muy respetables firmaron una petición para ello. Despertó una gran compasión.

Se recostó en su asiento, estirando las largas piernas, y su semblante adoptó una expresión judicial.

—Si le hubiese pegado un tiro o asestado una puñalada..., me habría ocupado de que se tratara el caso como un

homicidio en vez de un asesinato. Pero con veneno... no, no se puede jugar con eso. El veneno es comprometido.

—¿Qué defensa se hizo? —inquirió Hércules Poirot.

Aunque ya lo sabía porque había leído los archivos de los periódicos, no vio mal alguno en hacerse el ignorante en presencia de sir Montague.

—Lo planteé como un suicidio. La única cosa que podía uno alegar. Pero no cayó bien. Crale no era de los que se suicidan. No lo conocía usted, ¿verdad? Bueno, pues era un individuo corpulento, fanfarrón, rebosante de vida. Gran mujeriego, bebedor de cerveza... y todo eso. Se entregaba por entero a los apetitos de la carne y gozaba de ellos. No hay quien convenza a un jurado de que un hombre así un día va y se quita la vida tranquilamente. No encaja. No, desde el principio me temí que yo llevara las de perder. ¡Y ella se negó a cooperar! Comprendí que habíamos perdido en cuanto la llamaron a declarar. Ni pizca de espíritu combativo. Pero ¿qué quiere...? Si uno *no* llama a declarar a su cliente, el jurado llega a conclusiones por su cuenta.

—¿Es eso lo que quería decir hace un momento cuando ha asegurado que no se puede hacer gran cosa sin cooperación? —preguntó Poirot.

—Eso mismo, amigo mío. Nosotros no somos magos, ¿sabe? La mitad de la batalla se centra en la impresión que el acusado causa en el jurado. Con frecuencia he visto cómo el jurado emitía fallos completamente contrarios a las indicaciones del juez. «Ése lo hizo..., no cabe la menor duda...» o «¡Ni hablar! ¡Ése no habría hecho jamás una cosa así!». Caroline Crale ni siquiera intentó luchar.

—¿Por qué?

Sir Montague se encogió de hombros.

—Ni idea. Aunque es obvio que quería a su marido, porque se derrumbó por completo al recobrar la cordura y darse cuenta de lo que había hecho. No creo que se rehiciera jamás de la impresión.

—Conque, en su opinión, ¿era culpable?

Depleach lo miró con algo muy parecido al sobresalto.

—Ah... —dijo—, la verdad, creí que eso lo dábamos por sentado.

—¿Le confesó ella a usted alguna vez que era culpable?

Depleach pareció escandalizarse.

—Claro que no..., claro que no... Tenemos nuestros principios éticos. La inocencia siempre se..., ah..., sobren-tiende. Si tanto le interesa, es una lástima que no pueda entrevistarse con el viejo Mayhew. Él fue el procurador que me encargó el caso, podría haberle dicho más que yo, pero... ha ido a reunirse con sus mayores. El joven Mayhew, George, aún vive, claro está; aunque era un niño por aquel entonces. Hace mucho tiempo ya, ¿sabe?

—Sí, lo sé. Es una suerte para mí que recuerde usted tanto. Tiene una memoria prodigiosa.

Sir Montague pareció halagado.

—Oh, siempre se recuerdan los detalles principales —murmuró—. Sobre todo cuando se trata de un caso de pena capital. Y, claro, la prensa dio mucha publicidad al asunto. Tenía su parte romántica y todo eso. La joven implicada era bastante imponente. Incluso cínica, en mi opinión.

—Usted me perdonará si insisto demasiado —terció Poirot—, pero vuelvo a preguntarle: ¿no tenía usted la menor duda acerca de la culpabilidad de Caroline Crale?

Depleach se encogió de hombros.

—Con franqueza, de hombre a hombre, no creo que quepa duda alguna: ya lo creo que lo mató ella.

—¿Qué pruebas había contra Caroline Crale?

—Pruebas condenatorias a más no poder. En primer lugar, el móvil. Ella y Crale llevaban años viviendo como el perro y el gato..., con riñas continuas. Él siempre andaba enredado con una mujer u otra. No podía remediarlo. Era así. Ella lo aguantaba bastante bien en conjunto. Se hacía

cargo en parte, achacándolo a su temperamento artístico... Y él, de hecho, era un pintor de primera. Sus cuadros han subido mucho de precio, muchísimo. A mí, personalmente, no me gusta ese estilo, temas fuertes, desagradables... Pero su obra es buena... Eso es indiscutible, reconocido por todos.

»Bueno, pues, como le decía, había tenido disgustos por culpa de las mujeres de vez en cuando. Mrs. Crale no era de esas esposas dóciles que sufren en silencio. Ya lo creo que hubo peleas. Pero él siempre acababa volviendo a su lado. Sus devaneos pasaban. Este último asunto, sin embargo, fue distinto. Se trataba de una muchacha, ¿comprende?... y una muchacha muy joven. Sólo tenía veinte años.

»Elsa Greer... ése era su nombre. Era hija única de un fabricante de Yorkshire. Tenía dinero y determinación, y sabía lo que quería. Lo que quería era a Amyas Crale. Consiguió que la pintara... Él no acostumbraba a hacer retratos corrientes de sociedad: "La señorita Fulanita de Tal, vestida de satén rosa y con sus perlas", pero sí representaba figuras. No creo que a la mayoría de las mujeres les complaciera mucho dejarse retratar por él... ¡No les perdonaba nada! Pero pintó a la chica Greer y acabó enamorándose perdidamente de ella. Rondaba los cuarenta y llevaba muchos años casado. Era el momento de hacer tonterías por una chiquilla. La chiquilla fue Elsa Greer. Estaba loco por ella, y su intención era divorciarse de su mujer y casarse luego con ella.

»Caroline Crale no estaba dispuesta a consentirlo. Lo amenazó. Dos personas la oyeron decirle que si no dejaba a la muchacha lo mataría. ¡Y lo dijo en serio! El día antes de la tragedia habían estado tomando el té con un vecino aficionado a destilar hierbas y a preparar medicinas case-ras. Entre éstas figuraba una a base de cicutina, cicuta. Se habló algo de esto y de sus propiedades mortíferas.

»Al día siguiente éste se dio cuenta de que había desaparecido la mitad del contenido del frasco. Encontraron una botella de cicuta vacía en el cuarto de Mrs. Crale, escondida en el fondo de un cajón.

Poirot se agitó inquieto.

—Podría haberla puesto allí alguna otra persona —dijo.

—Sí, pero Caroline Crale le confesó a la policía que ella se había llevado el veneno. Una imprudencia, claro está, pero no tenía abogado que la aconsejara en aquellos momentos. Cuando la interrogaron, reconoció que ella lo había cogido.

—¿Con qué fin?

—Aseguró que con la intención de suicidarse. No pudo explicar cómo era posible que la botella estuviera vacía..., ni por qué no había más huellas que las suyas en el frasco. Eso, en sí, resulta bastante comprometedor. Ella declaró que Crale se había suicidado, ¿entiende?, pero si Amyas hubiese tomado la cicutina de la botella que Caroline había escondido en su cuarto, deberían haber hallado las huellas de él, además de las de su esposa.

—Le fue administrada en una cerveza, ¿verdad?

—Sí. Caroline sacó la botella de la nevera y la llevó ella misma a donde él estaba pintando, en el jardín. La sirvió en un vaso, se la dio y vio cómo se la tomaba. Luego todo el mundo se fue a comer y lo dejaron allí; era habitual que él no entrara en la casa a la hora de las comidas. Después, la institutriz y ella lo encontraron muerto. Caroline dijo que la cerveza que le había dado no contenía nada. Nosotros alegamos que el pintor estaba tan agobiado y tan lleno de remordimiento que vertió él mismo el veneno. Una completa estupidez... ¡Él no era de éstos! Y las huellas dactilares resultaron la prueba más condenatoria de todas.

—¿Hallaron las huellas de Caroline en la botella?

—No, señor... Sólo encontraron las de él..., y éstas eran bastante sospechosas. Ella se había quedado a solas con el

cadáver mientras la institutriz iba a llamar a un médico. Y lo que hizo seguramente fue limpiar la botella y el vaso y apretar luego los dedos del muerto contra ellos. Quería hacer creer que no había tocado nada de aquello. Pero le salió el tiro por la culata. Rudolph, el fiscal, se divirtió mucho con eso... Demostró, de forma concluyente, mediante pruebas hechas frente al propio tribunal, que un hombre no podía sujetar una botella con los dedos en esa posición. Ni que decir tiene que nosotros hicimos todo lo posible para demostrar que *sí se podía...*, que sus manos habrían adoptado una posición un tanto retorcida al morir..., pero, con franqueza, nuestras pruebas no fueron muy convincentes.

—La cicutina debió de ser introducida en la botella antes de que ella la sacara al jardín —comentó Poirot.

—No había cicutina en la botella; sólo en el vaso.

—¡Oh! —exclamó el detective. Hizo una pausa y su semblante cambió bruscamente de expresión.

—Escuche, monsieur Poirot, ¿adónde quiere usted llegar?

—Si Caroline Crale era inocente —respondió—, ¿cómo fue a parar la cicutina a la cerveza? La defensa dijo entonces que el propio Amyas Crale la había introducido. Pero usted me dice a mí que eso resultaba muy improbable y, por mi parte, estoy de acuerdo con usted. No era un hombre de esa clase. En tal caso, si Caroline Crale no lo hizo, alguna otra persona debió de hacerlo.

—¡Qué demonios! —profirió Depleach alterado, casi farfullando—. ¡No se gana nada fustigando a un caballo muerto! Eso pasó a la historia hace años. Claro que lo hizo ella. Lo habría comprendido a la perfección si la hubiera visto usted por entonces. ¡Lo llevaba escrito en la cara! Hasta creo que el fallo fue un alivio para ella. No estaba asustada. No estaba ni siquiera un poco nerviosa. Sólo quería que llegara el juicio y terminar de una vez. Era una mujer muy valiente, en el fondo...

—Y, sin embargo —dijo Poirot—, al morir dejó una carta para su hija en la que juraba solemnemente que no era culpable.

—Lo creo —respondió sir Montague—; usted y yo habríamos hecho lo mismo en su lugar.

—Su hija dijo que no era de esa clase de mujeres.

—La hija dice... ¡Bah! ¿Qué sabrá ella? Mi querido Poirot, la hija era sólo una cría cuando se celebró el juicio. ¿Cuántos años tenía? ¿Cuatro? ¿Cinco? Le cambiaron el nombre y la mandaron al extranjero con unos parientes. ¿Qué puede saber o recordar ella?

—Los niños conocen a la gente muy bien a veces.

—Es posible que sí. Pero no necesariamente en este caso. Es muy natural que la hija quiera creer que la madre no lo hizo. Déjela que lo crea. Eso no hace daño a nadie.

—Por desgracia, ella exige pruebas.

—¿Pruebas de que Caroline Crale no mató a su marido?

—Sí.

—Pues no las conseguirá —aseguró Depleach.

—¿Cree usted que no?

El famoso abogado miró pensativo a su compañero.

—Siempre he creído que era usted un hombre honrado, Poirot. ¿Qué está haciendo? ¿Tratando de ganar dinero explotando los afectos de una muchacha?

—Usted no la conoce. Es una muchacha fuera de lo común. Una joven de carácter muy enérgico.

—Sí, ya supongo que la hija de Amyas Crale y Caroline es todo eso... ¿Qué desea?

—La verdad.

—¡Hum...! Me temo que hallará la verdad bastante desagradable. Con sinceridad, Poirot, no creo que quepa la menor duda: ella lo mató.

—Usted me perdonará, amigo mío, pero he de convenirme de eso por mí mismo.

—Pues no sé qué más puedo hacer. Si lo desea, puede

leer lo que dijeron los periódicos en la época del juicio. Humphrey Rudolph hizo de fiscal. Él ha muerto... Deje que piense, ¿quién lo ayudó? El joven Fogg, creo. Sí, Fogg. Puede hablar con él. Y luego con la gente que se hallaba allí por entonces. Imagino que no les gustará que se meta usted a husmear en cosas olvidadas, pero seguramente conseguirá de ellos lo que pretende. Cuando quiere, es usted muy persuasivo.

—Ah, sí..., la gente involucrada... Eso es muy importante. ¿Recuerda usted quiénes eran?

Depleach reflexionó.

—Déjeme pensarlo... Ha transcurrido mucho tiempo. Sólo eran cinco las personas que figuraron en el asunto, en realidad... No cuento a la servidumbre. Ésta se componía de un par de viejos muy fieles que parecían muy asustados... No sabían nada de nada. Nadie podía sospechar de ellos.

—Hay cinco, según me dice usted, hábleme de ellos.

—Pues, verá..., uno era Philip Blake. Era el amigo íntimo de Crale... Lo conocía de toda la vida y estaba en la casa por entonces. Él aún vive. Lo veo de tanto en tanto, cuando voy a jugar al golf. Reside en Saint George's Hill. Es corredor de Bolsa. Juega en el mercado de valores y le van bien las cosas. Hombre próspero, sin duda alguna.

—Sí. Y ¿quién más?

—El hermano mayor de Blake. Un hacendado rural... Un hombre muy casero.

Una rima infantil acudió a la memoria de Poirot. La reprimió. En los últimos tiempos siempre pensaba en cansioncillas para niños. Y, sin embargo, la rima persistía.

Este cerdito fue al mercado, este cerdito se quedó en casa...

Alejó el pensamiento de su mente y dijo:

—Se quedaba en casa, ¿eh?

—Es el hombre de quien le he hablado antes..., el aficionado a las drogas y las hierbas... Tiene algo de químico. Su distracción favorita. ¿Cómo se llamaba? Era un nombre algo literario... ¡Ya lo recuerdo! Meredith Blake.* No sé si está vivo o muerto.

—Y ¿quién viene a continuación?

—¿A continuación? Pues... la causante de todo el jaleo. La muchacha: Elsa Greer.

—«Este cerdito comió carne asada» —murmuró Poirot. Depleach lo miró boquiabierto.

—Ya lo creo que comió carne asada... —dijo—. Es una mujer ambiciosa. Ha tenido tres maridos desde entonces. Anda ya por el tribunal de divorcios como Pedro por su casa. Y, cada vez que cambia de marido, es para mejorar. Lady Dittisham..., ése es su nombre ahora. Abra cualquier revista de sociedad y seguro que la encontrará.

—¿Y las otras dos?

—La institutriz. No recuerdo su nombre. Una mujer agradable y eficiente. Thompson... Jones... algo así. Y la cría. La hermanastra de Caroline. Debía de tener entonces quince años. Se ha hecho un nombre. Excava y hace viajes de exploración a sitios raros. Se llama Warren. Angela Warren. Una joven muy impresionante en estos tiempos. La vi el otro día.

—Así pues, ¿no es el cerdito que lloraba: «Uy, uy, uy...»?

Sir Montague lo miró de una forma singular.

—Ha tenido motivos por los que llorar... «uy, uy, uy» en su vida —repuso con sequedad—. Está desfigurada: tiene una cicatriz que le cruza un lado de la cara. La... Bueno, seguro que ya le contarán el caso.

Poirot se puso en pie.

* Nombre de origen galés que hasta hace poco se utilizaba también para el género masculino. (*N. de la e.*)

—Le doy las gracias —dijo—. Ha sido usted muy amable. Si Mrs. Crale *no* mató a su marido...

Depleach lo interrumpió:

—Pero lo mató, amigo mío, lo mató. Créame.

El detective continuó, haciendo caso omiso de la interrupción:

—... entonces parece lógico suponer que una de esas cinco personas tuvo que hacerlo.

—Una de ellas podría haberlo hecho, supongo —asintió Depleach, dubitativo—. Pero no veo por qué. ¡No hay razón alguna! Es más, estoy completamente seguro de que ninguna de ellas lo hizo. ¡Deshágase de esa idea, amigo mío!

Pero Hércules Poirot se limitó a sonreír y a negar con la cabeza.